



Ramón Acín *toma la palabra* 15 - Somos cigarras



En este artículo Acín hace referencia a la cigarra, pobre animalillo que ha sido maltratado por la moralina que comenzó con el griego Esopo y continuaría con las continuaciones fabulísticas de siglos posteriores.

Acín hace referencia a la fábula en un momento muy particular: en un mes va a estallar la I Guerra Mundial.

En defensa de las cigarras han aparecido múltiples textos. Aquí, aparte del fragmento de *Fedro* del filósofo griego Platón, os ofrecemos un microrrelato del venezolano Alberto Barrera y también el magnífico texto en defensa de las cigarras que Vicente Blasco Ibáñez incluyó en su serie de cuentos titulada *El préstamo de la difunta* y publicada en 1921.

En la próxima entrega os presentaremos varios artículos dedicados al escritor y político valenciano cuyos éxitos marcaron un hito en la industria editorial, particularmente en los Estados Unidos.

Con cursiva del diez. Somos cigarras

25 de junio de 1914. *El Diario de Huesca*. (Id. web: ap013)

De la fábula “La cigarra y la hormiga” que opone la previsión, el orden y el trabajo de la segunda a la vagancia y falta de la planificación de la primera. Se identifica aquí al español con la cigarra.

CON CURSIVA DEL DIEZ

Somos cigarras

25 de junio de 1914. *El Diario de Huesca*. (Id. web: ap013)

De la fábula *La cigarra y la hormiga* que opone la previsión, el orden y el trabajo de la segunda a la vagancia y falta de planificación de la primera. Se identifica aquí al español con la cigarra.

EN UNA CABALGATA que organizó Lorenzo de Médici, una carroza artística y lujosa como pintada y adornada por el Pontormo y por Bandinelli, representaba el triunfo de la edad de oro.¹ Sobre un inmenso globo de oro había extendido un cadáver revestido de una armadura de hierro enmohecido. Del costado de ese cadáver salía un niño desnudo y dorado. Unos coros cantaban en derredor de la carroza unos versos que terminaban así:

Que el que quiera ser feliz lo sea en seguida.
No hay certidumbre para mañana.

El niño que habían dorado murió de resultas de esa operación.

.....

En Jaca están de fiestas y luego lo estaremos en Huesca. A reír, a reír fuerte y cantar y bailar y pellizcar y comer y beber y vomitar; también en Lugo y en Madrid y en Salamanca y en Granada y en Valencia y en Teruel hubo fiestas, y también rieron y cantaron y bailaron y pellizcaron y comieron y bebieron y vomitaron.

Que el que quiera ser feliz lo sea en seguida.
No hay certidumbre para mañana.

.....

La cabalgata que organizó Lorenzo el duque de Urbino, vive en nosotros los españoles. Somos el cadáver de la armadura enmohecida como la del Cid, como la del Quijote, como la de Berenguer II, el de las Cruzadas. Somos el niño dorado que sale del costado del cadáver; un día nos doramos con la purpurina de la alegría que luego nos embota los sentidos, y nos enflaquece el ánimo, y nos atoniza los músculos, y nos relaja los esfínteres, y nos envenena las fauces, y nos quita la vida. Somos cigarras. Somos los coros de la cabalgata y cantamos con la escasa voz que nos queda:

Que el que quiera ser feliz lo sea en seguida.
No hay certidumbre para mañana.

NOTAS

¹ En la Europa de los siglos XV al XVII, eran frecuentes las cabalgatas acompañadas de música, cantos, teatro y disfraces. Tanto Pontormo (1494-1577), como Baccio Bandinelli (1493-1560), son dos artistas florentinos ligados al renacimiento manierista.

En una cabalgata que organizó Lorenzo de Médici, una carroza artística y lujosa como pintada y adornada por el Pontormo y por Bandinelli, representaba el triunfo de la edad de oro¹. Sobre un inmenso globo de oro había extendido un cadáver revestido de una armadura de hierro enmohecido. Del costado de ese cadáver salía un niño desnudo y dorado. Unos coros cantaban en derredor de la carroza unos versos que terminaban así:

Que el que quiera ser feliz lo sea en seguida.

No hay certidumbre para mañana.

El niño que habían dorado murió de resultas de esa operación.

*

En Jaca están de fiestas y luego lo estaremos en Huesca. A reír, a reír fuerte y cantar y bailar y pellizcar y comer y beber y vomitar; también en Lugo y en Madrid y en Salamanca y en Granada y en Valencia y en Teruel hubo fiestas, y también rieron y cantaron y bailaron y pellizcaron y comieron y bebieron y vomitaron.

Que el que quiera ser feliz lo sea en seguida.

No hay certidumbre para mañana.

*

La cabalgata que organizó Lorenzo el duque de Urbino, vive en nosotros los españoles. Somos el cadáver de la armadura enmohecida como la del Cid, como la del Quijote, como la de Berenguer II, el de las Cruzadas. Somos el niño dorado que sale del costado del cadáver; un día nos doramos con la purpurina de la alegría que luego nos embota los sentidos, y nos enflaquece el ánimo, y nos atoniza los músculos, y nos relaja los esfínteres, y nos envenena las fauces, y nos quita la vida. Somos cigarras. Somos los coros de la cabalgata y cantamos con la escasa voz que nos queda:

Que el que quiera ser feliz lo sea en seguida.

No hay certidumbre para mañana. □

¹ En la Europa de los siglos XV al XVII, eran frecuentes las cabalgatas acompañadas de música, cantos, teatro y disfraces. Tanto Pontormo (1494-1577), como Baccio Bandinelli (1493-1560), son dos artistas florentinos ligados al renacimiento manierista.



Con cursiva del diez

La columna *Con cursiva del diez* fue inaugurada el 13 de junio de ese año 1914 por el periodista Alejandro Ber, quien sería director de el *Diario de Huesca* desde finales de 1915 hasta marzo de 1917. Compartieron también la columna, entre otros, Juan del Triso (Luis López Allué, en esos momentos director del periódico), Manuel Ascaso, Oclófilo, Miguel Ancil, Almogávar, Felipe Alaiz o Ramón Acín. El último artículo, tras 197 columnas aparecidas, está fechado el 13 de abril de 1917 y firmado por José Artigas.

El título de la columna hay que buscarlo en la terminología tipográfica. Consultado nuestro exclusivo servicio especializado en estos temas, compuesto por los eximpressores Stella Ibáñez y Paco Boisset, han confirmado nuestras sospechas al respecto y al sorprenderse de que sea “una cursiva del diez –el tamaño del tipo- y no del doce” hemos concluido que el título de la columna vendría a significar más o menos “resaltado” que no empequeñece la calidad de los artículos sino que se referiría quizás a lo común y cotidiano de los temas tratados, cercanos al lector. En todo caso, el título subraya el énfasis de los escritos.

Acín escribió 14 artículos, doce de ellos en 1914 ya que a finales de ese año partiría a Madrid, Toledo y Granada para ampliar sus estudios artísticos con la beca que la Diputación oscense le había otorgado.

Somos cigarras

Como hemos visto, el artículo de Acín utiliza la cigarra y su indolente fama como motor de un discurso en el que también hace referencia al estribillo de un canto escrito por el florentino Lorenzo de Médici a finales del *cuattrocento* y con el que identifica aquellas justas y fastos florentinos con las fiestas y la ociosa haragandería que describe en el pueblo español.

En ese junio de 1914 hace casi un año que Ramón había publicado sus dos primeros artículos. Dos décadas después confesará a su discípulo Félix Carrasquer que *...cuando yo tenía la edad que ahora tú tienes, junto con Samblancat y otros amigos sacamos en Barcelona, allá por el año 1913, una publicación intitulada "La Ira". Ya puedes deducir por el simbolismo de esta palabra cual sería el contenido de nuestro anhelado periódico, del que nos servíamos para poner en la piqueta injusticias, abusos y cuantos males sociales llegaban a nuestros oídos...*

Ahora Acín que va aprendiendo la lección, olvida sin embargo que en este artículo emplea dos conceptos muy matizables si bien, curiosamente, la utilización aquí de ese *carpe diem* horaciano por parte del Médici –término en realidad más melancólico que jolgorioso– se convierte por otros motivos ajenos al artículo en una premonición habida cuenta de la inminente mecha que va a prender tres días después en Sarajevo.

En todo caso, el primer maltratado es un bichito a quien Esopo el griego y después en el siglo XVII el francés Lafontaine crucificaron con una resabiada moralina convirtiéndolo en un holgazán digno de los peores designios. □



Las cigarras

Platón - (Fedro, 259b-c)

Se cuenta que, en otros tiempos, las cigarras eran hombres de esos que existieron antes de las Musas, pero que, al nacer éstas y aparecer el canto, algunos de ellos quedaron embelesados de gozo hasta tal punto que se pusieron a cantar sin acordarse de comer ni de beber, y en ese olvido se murieron. De ellos se originó, después, la raza de las cigarras, que recibieron de las Musas ese don de no necesitar alimento alguno desde que nacen y, sin comer ni beber, no dejan de cantar hasta que mueren.

El mito de las cigarras en el Fedro

Antonio Morenés Bertrán- <https://porelamordecorina.blogspot.com/2013/03/el-mito-de-las-cigarras-en-el-fedro.html>. Marzo 2013

Hubo un tiempo remoto y lejano en el que todavía no habían nacido las Musas, un tiempo en el que el ser humano era aún un proyecto, no se había completado, realizado. Las Musas nacieron de la memoria, representada en la mitológica figura de Mnemosina. Cabe preguntarse de qué memoria nacen, qué es lo que recordaban. Para enfrentarnos a este enigma utilizaremos la cosmovisión pitagórica, que si bien alguno podrá tachar de arcaica, es absolutamente poética e inspirada, es decir, perfectamente adecuada al tema con que dialogamos en esta fría y lluviosa mañana de la pre-primavera salmantina.

...

No es descabellado pensar que el canto de las Musas, aquello que ellas recuerdan y reproducen, sea la música universal pitagórica, de la que todos, en algún momento de nuestras vidas hemos sido partícipes. ¿Acaso hay sinfonía más bella y sublime que el sol derramado en el poniente? Son esos momentos, esos breves instantes en que la oímos, los que nos hacen pensar en la eternidad; efímeras y pasajeras emociones que encierran el número, ya que en la armonía está necesariamente la simetría. En un principio el universo era un caos, y los dioses lo ordenaron de forma armónica y como no podría ser de otra manera, divina. En su movimiento los astros que forman el todo producen una música, la música universal, constante y innegablemente bella, que si no oímos, es por estar acostumbrados a ella. Toda música creada por el ser humano debe intentar emular a ésta, acercarse a ella. infinito.

En el *Fedro*, Diálogo entre diálogos, tras hablar del alma y del amor, en el medio día ateniense, cuando más aprieta el calor, Sócrates vence la modorra de la siesta contándole al joven Fedro el mito de las cigarras. Las cigarras fueron aquellos hombres que vivían antes del nacimiento de las Musas, los primeros en escuchar su canto. Tan embelesados quedaron al oírlo que se convirtieron en cigarras y pasaron el resto de sus días cantando, sin necesidad de comer ni beber, poseídos por la belleza de la melodía que de tan sublimes labios emanaba. Entonces se convirtieron en cigarras, que no sólo adornan el caluroso medio día, sino que además anuncian a cada una de las musas quienes de los de aquí abajo las honramos, y a cuál de ellas.

Existen nueve Musas, de las que Platón menciona cuatro. En primer lugar a Terpsícore, Musa de la danza. La danza es la más natural y primera reacción ante la música, es el inevitable movimiento que ésta produce tras embriagar nuestras almas. En segundo lugar menciona a Érato, Musa del amor. El amor es uno de los temas centrales del *Fedro*, las alas del carro que nos elevan hasta contemplar la eterna belleza, pura y verdadera, la misma que necesaria-





LA CIGALE ET LA FOURMI.

mente debe ser combustible de lo que oramos y escribimos, y absolutamente todo lo demás que hacemos en nuestras vidas. Por último menciona conjuntamente a Calíope y a Urania; la mayor, y la que va detrás de ella. La una es la Musa de la elocuencia y la poesía épica, la otra la de la astronomía, lo relacionado con la bóveda celeste, donde habitan los dioses. A ellas acuden las cigarras a anunciar cuales de nosotros, los de aquí abajo, dedicamos la vida a la filosofía y a honrar su música.

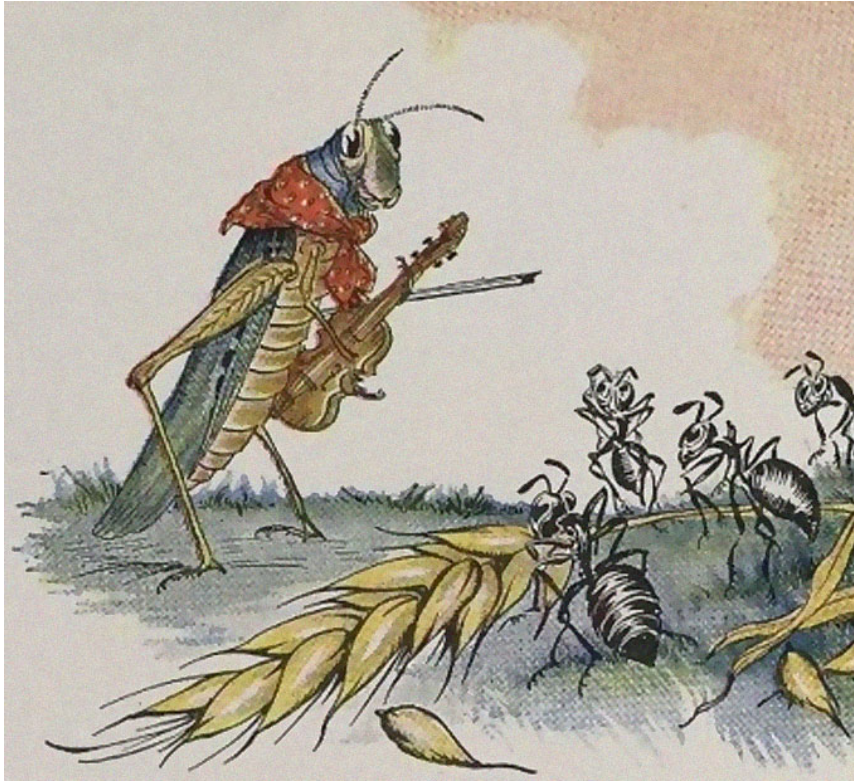
Las cigarras son todos aquellos que forman el arte humano. Todos los que, embelesados por el canto de las musas, se olvidaron de comer y de beber, la parte más animal del hombre, para dedicarse a la actividad más humana de todas, la música. Las cigarras son todos aquellos que nos recuerdan que no debemos dormir la siesta, dejarnos llevar por la pereza, la desidia, la apatía; todos aquellos que cantaron y cuyos cantos siguen haciendo eco en el valle formado por el río del tiempo. Las cigarras son Cervantes y Victor Hugo, Tolstoi y Dostoievski, Ovidio y Juan Ramón, Brahms, Ludwig van Beethoven. Seres humanos mayúsculos que perviven en la memoria, que cantaron y tan bello fue su canto que no pudo apagarse. Ya no necesitan comer ni beber, sus cuerpos han dejado de existir, pero sus almas perduran, y su canto continúa, intacto, imperecedero, eterno.

Ellos nos acompañan cuando nos enfrentamos al papel, nos dan ánimo y caricias, nos apoyan, y cuando somos dignos de ello, acuden a las Musas en nuestro nombre, para que ellas graciosamente susurren a nuestros oídos su canto celestial.

Existen muchas lecturas del Fedro, tal vez tantas como lectores tenga, de hecho, más adelante, Platón habla de la orfandad del texto una vez se desprende de su autor, su padre. Tal vez por eso sea tan críptico, Platón era consciente de la importancia del mensaje que nos estaba dejando, y por ello lo dejó cifrado, de tal manera que tuviésemos que abstenernos de muchas siestas para llegar hasta él. Imagino que es un texto que habrá sido leído por los mejores ojos de entre todos aquellos que forman las cigarras en el mito, no puedo saberlo, pero lo intuyo. Sin embargo, de entre todos estos, los que más tiempo le han dedicado, los que más detenidamente se han enfrentado a su lectura, deben ser en su gran mayoría filósofos. Por ello, en una actitud innata al ser humano, lo han llevado siempre a su terreno, a aquello a lo que aman y por lo que luchan en su día a día. Bien, sea, pero yo también tengo derecho a leerlo con mis ojos, detenidamente, y en nombre de la poesía; palabras mayores.

Platón no concibe la escritura sin filosofía, ni la retórica. De hecho en este mismo diálogo hay un desarrollo claro y premeditado que parte desde esta base. Antes de hablar de la escritura, habla de la retórica, de la importancia de la verdad como combustible de cualquier discurso. Todo texto encierra un discurso, se nutre de la retórica, el escritor debe tener clara la idea que quiere transmitir, por eso la retórica precede a la escritura en el diálogo. No obstante, por mucho que algunos se empeñen, el diálogo asciende hacia la escritura, llega a ella. Igual que el discurso de Alcibíades no es casual en el *Simposium*, y es precursor de lo que nos dirá Platón en el Fedro, la escritura es la meta hacia la que se dirige el *Fedro*. Durante la vida de Platón surge un nuevo fenómeno, si bien ya se sabía escribir desde mucho tiempo antes, es en la Atenas de los s. V y IV a.C. cuando se comienzan a difundir textos escritos, cuando se comienzan a vender en el ágora. Es difícil creer que Platón entreviera que dos mil años más tarde surgiría una máquina divina que cambiaría definitivamente la existencia humana, la imprenta. Pero tal vez lo intuyó, y desde luego supo ver el inmenso potencial que había en todo ello para el desarrollo humano.





Cuando un filósofo lee: “(...)a quienes pasan su vida en la filosofía y honran su música (...)”- inevitablemente se queda con la primera parte de la frase, vivir en la filosofía; buen credo. Sin embargo no podemos obviar la segunda parte de la frase, y honran su música. Muchos filósofos, algún ejemplo alemán de la edad moderna acude a la memoria, parecen haber olvidado que la filosofía es música y que como tal sólo debería expresarse en su natural forma. Dijo Oscar Wilde que había hecho de la filosofía un arte, y del arte una filosofía. Todo buen poeta, y buen filósofo, encuentra que el énfasis de la sentencia platónica está en honrar la música, no en vivir en filosofía. El alma es eterna, y por lo tanto divina, igual que el conocimiento que hemos olvidado y debemos recordar. El canto de las musas es a su vez divino. Según dónde coloquemos el énfasis en la frase, podrá terminar nuestro discurso en plegaria, como lo hace el Fedro, o un simple argumento razonado.

Calíope es la mayor de las musas, no obstante Platón la menciona antes que a Urania, todo en el de los hombros anchos es movimiento, ascenso y descenso, el *Fedro*, es un ascenso del que luego deberemos descender para que ayude a nuestros textos a ascender de nuevo. Calíope nos eleva hacia Urania, hacia las estrellas, hacia la bóveda celeste sobre la cual, la cabeza del auriga, podrá por un momento contemplar la llanura de la verdad, viendo la verdadera esencia de todo aquello que impregna nuestro mundo, permitiéndonos escuchar por un instante la música universal de la que nos hablaron los pitagóricos.

No, el Fedro no es un diálogo más. Es un mensaje encriptado y envuelto de divinidad, en el que Platón se adelanta a su tiempo, y en el que honrando la música celestial de las Musas, nos dice aquello que intuye, pero no se atreve a razonar.

Cigarras y hormigas

Alberto Barrera. Venezuela 1960 (recogido en la publicación de microrrelatos *E-Kuoreo*)

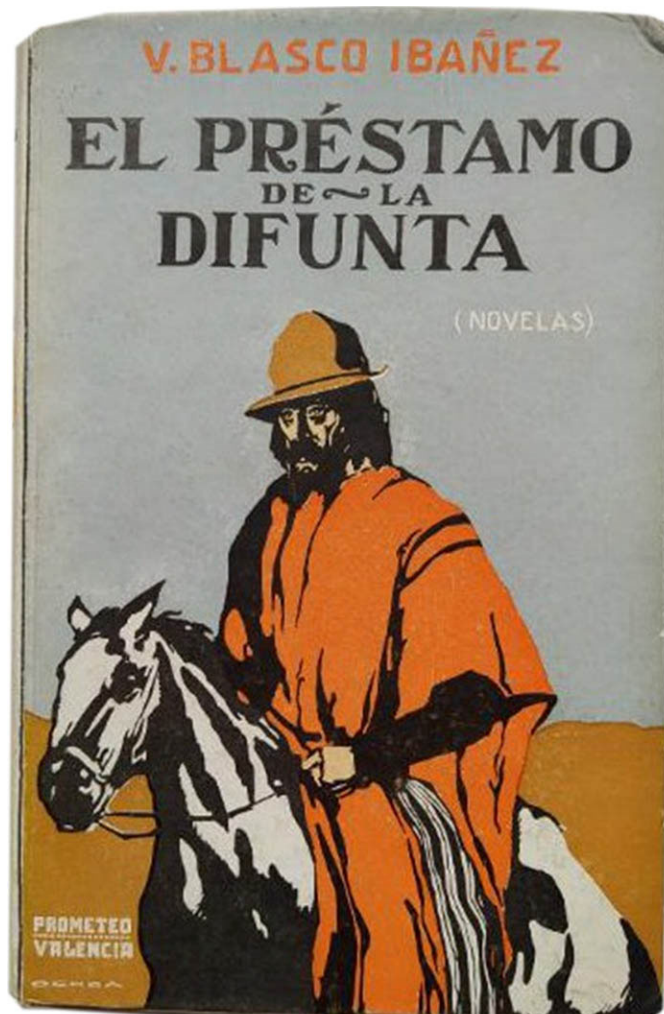
Durante ese verano, ese otoño y esa primavera, la cigarra cantó, leyó libros maravillosos, se hinchó de frutas de comarcas lejanas, fornicó y bebió hasta desfallecer, durmió sobre el humo de las tablas de sauce. Mientras, la hormiga —que sabe leer y conoce la historia— saqueó con su modestia la montaña, llenó de hojas, migajas y restos de vecinos muertos toda su cueva. Meticulosa, la hormiga pasó el año ahorrando para cuando el viento y la lluvia feroz.

Y llegó el invierno (como suele suceder en la literatura y en el mundo) y arrasó con todos los planetas. Del reino sólo quedaron raíces y hojas de plátano, susurros atrapados bajo hielo, cadáveres simples y pequeños (cigarras y hormigas, por ejemplo).□



La cigarra y la hormiga.

Vicente Blasco Ibáñez. De *El préstamo de la difunta* (Novelas) 1921



Reverbera en las blancas fachadas el sol de las primeras horas de la tarde. Procuramos, en nuestros paseos por la plaza de un pequeño pueblo valenciano, no salirnos de las islas de sombra que trazan los plátanos sobre la tierra rojiza y ardiente.

Silencio de sueño, calma profunda de siesta veraniega. Los únicos que vivimos en este ambiente exuberante de luz somos mi amigo y yo, que conversamos bajo los árboles de la plaza, los niños que ganguean a gritos sus lecciones en la escuela próxima, siguiendo el venerable método morisco, y los enjambres de insectos que aletean, zumban y trepan en torno de los plátanos.

Calla de pronto el coro escolar, y por las ventanas abiertas llega hasta nosotros la voz de un niño, el más aplicado tal vez, que recita una fábula: *La cigarra y la hormiga*.

Como el griterío de una muchedumbre alborotada que contesta a ultrajantes alusiones, suena el chín-chín de numerosas cigarras moviendo sus cimbalillos entre las cortinas del follaje.

Mi amigo el naturalista se indigna mientras la voz infantil va desarrollando la acción de la conocida fábula, la cigarra imprevisora y alegre que canta sin pensar en el porvenir, y cuando llega el invierno, transida de frío y vacilante de hambre, va en busca de la hormiga para implorar un préstamo. El animal ordenado y económico, que tiene en torno los sacos llenos de cosecha y se prepara a invernar en opípara abundancia, no quiere oír la súplica de la bohemia y añade a su negativa la burla cruel: «¿No has pasado cantando el verano mientras yo trabajaba? Pues bien; ahora, baila.»

—Me irrita esta fábula—dice el naturalista—. Es una historia inmoral, que enseña a los hombres desde su infancia el respeto a la avaricia y a la crueldad, el culto del egoísmo, la burla soez contra los idealistas, que piensan en algo más que la satisfacción de los apetitos materiales. Todo es mentira en este relato inventado hace miles de años. La imprevisora y loca cigarra de la fábula es un ser laborioso y dulce, explotado hasta la muerte. En cuanto a la hormiga, modelo de economía doméstica que los padres ofrecen a los hijos, es una bestia rapaz que desde el mundo de la pequeña animalidad influye fatalmente sobre los hombres. Nuestro planeta sufre guerras y se cubre de sangre cada vez que a un Imperio se le ocurre organizarse como un hormiguero, imitando su férrea disciplina, su método para la acción, su soberbia, que tiende a engañar y esclavizar todo cuanto le rodea....

—Esa fábula es una calumnia—continúa mi amigo—. Los caracteres de sus protagonistas aparecen en ella escandalosamente invertidos. La hormiga es en realidad un ladrón y la pobre cigarra una víctima.



Al poeta La Fontaine (imitado después por el fabulista español) debemos el triunfo de este embuste, que, confiado a la memoria de los niños, resulta inmortal. Supo describir con exactitud el carácter del lobo, del zorro, del gato y otros animales protagonistas de sus historias. Los había visto de cerca, eran de su país. En todas las latitudes del mundo hablan las gentes de la cigarra a causa de la fábula, y sin embargo, son muy pocos los que han visto cigarras. Este animal sólo existe en la región asoleada del olivo, y París, donde vivió La Fontaine, no tiene olivos.

Es indudable que tomó esta historia de los griegos. Los niños de la Atenas de Pericles, al ir a la escuela con su capacito de esparto lleno de higos secos y de olivas, se contaban el cuento de la cigarra imprevista que tuvo que pedir un préstamo a la hormiga. Lo habían oído a sus nodrizas y a sus madres cada vez que éstas les recomendaban la necesidad de ser sobrios y ahorradores. De aquí data el error, verdaderamente incomprensible en un país como Grecia que tiene cigarras. La fábula, como casi todas las fábulas, procede del pueblo indostánico, gran contemplador de la Naturaleza. Los poetas del Ganges, que conocían exactamente la vida de las bestias, debieron poner la hormiga frente a otro animal. Los griegos lo sustituyeron con la cigarra (monótono cantor que metían en jaulas para que meciese sus siestas), y así ha llegado el relato hasta nosotros, falso é indestructible, como muchas leyendas gloriosas de la humanidad; viejo y respetable, como el egoísmo de los hombres, o lo que es lo mismo, como la historia del mundo.

El sabio Fabre, poeta de los insectos, fue el primero que, en nuestra época, escuchando a la cigarra en sus tierras de Provenza, se le ocurrió rectificar con observaciones directas la exactitud de la fábula. Y quedó al descubierto la gran mentira que ha servido de ejemplo moral a los hombres y aún continuará sirviendo, pues la humanidad no deshace camino, ni modifica fácilmente sus ideas elementales.

Fíjese, amigo mío: la cigarra no puede implorar un préstamo para vivir en invierno, por la simple razón de que sólo vive unas semanas y muere en el verano. La cigarra no pedirá nunca una limosna a la hormiga (aunque ésta fuese capaz de concedérsela), porque los granos de trigo y los cadáveres de moscas y gusanos que guarda el negro pirata en los almacenes de su imperio subterráneo de nada pueden servirle. La cigarra no come, chupa. Esta bestia dulce y pacífica carece de mandíbulas y de boca. Su herramienta para la nutrición es una lanza perforada, una trompa sutil, con la que agujerea la corteza de las ramas. Su estómago delicado no puede resistir los cereales y los cadáveres que alimentan a la hormiga, bestia feroz de quijadas triturantes y patas cortadoras. Música del sol, habitante de las alturas, poeta del follaje, se nutre únicamente con el vino de la Naturaleza, con la savia que circula por las arterias de los árboles. La cigarra no ha ido nunca en la realidad al encuentro de la hormiga. La ignora o huye de ella como de un enano grosero y maléfico. Es la hormiga la que la busca y la acecha para aprovecharse de su trabajo.

Ya ve cuán lejos estamos de la fábula ofensiva para la moral y la verdad, y cómo se transforman radicalmente los caracteres de sus protagonistas.

Cuando la primavera empieza caldear el suelo, se animan las larvas que depositaron las cigarras muertas en el año anterior. Surgen de las entrañas de la tierra por un pozo circular que abren trabajosamente; se izan a la primera brizna de hierba que encuentran, desgarran su dorso repeliendo una envoltura seca como pergamino, y aparecen de un color verde tierno que rápidamente se oscurece. Luego trepan a los árboles, animando el silencio rumoroso de la Naturaleza con su música incansable. En las horas de sol, la luz las embriaga con una borrachera ruidosa y agitan locamente sus címbalos, como los devotos del cortejo de Dionisios. Cuando todo el pueblo de los insectos desfallece de sed, ellas son las únicas que viven en una abundancia regalada.

Adivino desde aquí lo que ocurre sobre nuestras cabezas, a pocos pasos de nosotros, entre esas ramas de las que salen zumbidos y aleteos. Moscas, abejas de todas clases, y sobre todo hormigas, muchas hormigas, van errando por las ramas en busca de una fuente. Las flores tienen la corola agostada por el calor, las hojas duermen contraídas bajo el sol, la vegetación, marchita, espera el beso fresco del anochecer para reanimarse, recobrando su vital expansión. Y mientras la muchedumbre alada o rampante corre sedienta de un lado a otro, la cigarra se ríe de esta escasez. Con su rostro, que es sutil, duro y perforan-



te como una barrena, taladra uno de los innumerables toneles de sus bodegas inagotables. Sin interrumpir su canto, ha abierto un agujero profundo en la corteza de una rama hinchada por el calor, llegando hasta la corriente de savia que circula madura por el sol, como un vino de generoso fermento. Conservando el tubo de succión hundido en este pozo, bebe y bebe con sensual inmovilidad, entregada por entero a los encantos del jarabe y de la estrofa. Es un Anacreonte del follaje, un poeta que declama a gritos con la copa entre los labios y los ojos en el cielo.

Pero los sedientos la acechan; los parásitos acuden para explotar su desinterés. Un rezumamiento de líquido azucarado en los bordes del brocal denuncia los placeres divinos de su recogimiento. Los importunos alados zumban pedigüeños en torno de la cigarra, interrumpiendo su musical embriaguez; pero los más temibles de estos intrusos son las hormigas, bestias de un egoísmo desvergonzado y arrollador. Las más pequeñas se deslizan por debajo del vientre de la cantora, que, bonachona y tolerante, levanta las patas traseras para no estorbar su camino. Las grandes se estremecen de cólera, beben en los raudales que se escapan del pozo, se alejan para dar un paseo inútil por las ramas y regresan, cada vez más inquietas y agresivas. Al fin, atacan a la dueña de la fuente, pretendiendo expulsarla para aprovecharse de su trabajo. Muerden al músico en el extremo de sus patas, le tiran de las alas, montan sobre su dorso para pellizcarle las antenas. Algunos bandidos más audaces se apoderan de su trompa de succión é intentan extraerla del pozo....

Interrumpo al naturalista. Veo de pronto a los genios despreciados por los muchedumbres que luego se apropiaron su gloria con un orgullo nacional; veo a todos los artistas que abren fuentes de idealismo para la turba grosera, e inmediatamente quedan expulsados de las márgenes de su obra; veo a los poetas de la acción que derriban muros tradicionales, y nunca son los primeros que entran por la brecha, pues los sobrepasan los hábiles que se ocultaban a sus espaldas, prontos a aprovecharse del esfuerzo.

—¡Lo mismo que en la vida humana!—exclamo con asombro—. ¡Igual que entre los hombres!

—Sí; igual que entre los hombres—contesta el naturalista, y continúa su relato.

La cigarra es un elefante comparada con la hormiga, un monstruo antediluviano que podría aplastarla desplomándose sobre ella. Pero no tiene mandíbulas ni es carnicera. Alimentada con néctares florales, su humor es bondadoso y tolerante, como el de los filósofos que han llegado a penetrar el secreto de los seres y las cosas. Además, ¡es tan numerosa la muchedumbre de los enanos egoístas y rapaces!

Al fin, el gigante, cansado de tantas molestias, abandona el pozo, pero antes de alejarse levanta una pata con soberano desprecio y lanza un chorro de orina sobre la masa laboriosa.

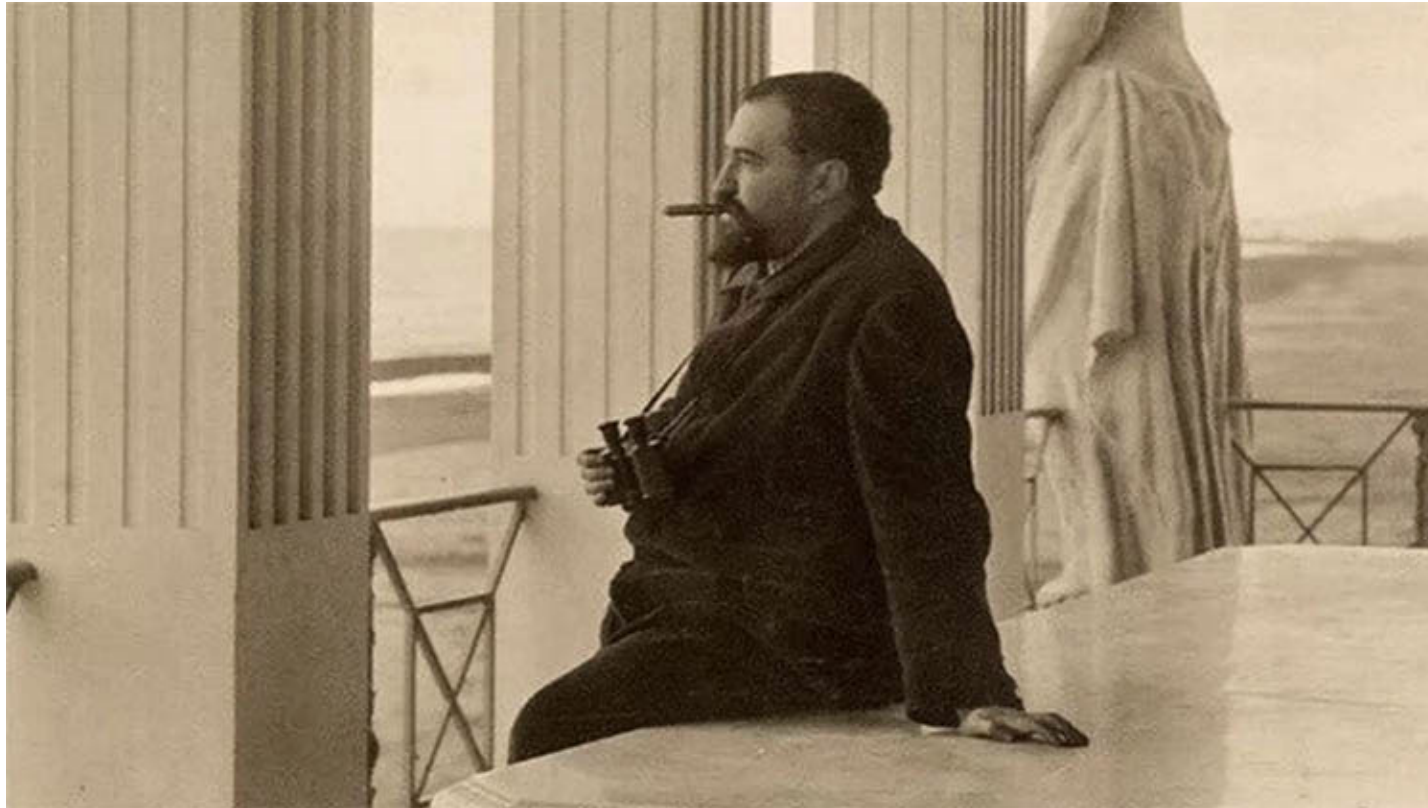
—La venganza de los poetas—interrumpo yo, sonriendo.

—Sí, la venganza de los poetas. Pero ¿qué importa ese desahogo del bohemio cantor a la hormiga honrada, económica y amiga del orden? Ya ha logrado su objeto; ya se ha hecho dueña del trabajo ajeno. Lo malo es que el pozo se agota en su poder. Como carece de la bomba que atrae a la dulce savia, sólo puede aprovechar el líquido que existía en el fondo en el momento de la conquista. Absorbe hasta la última gota, y cuando la fuente queda seca, marcha en escuadrón a la descubierta de la cigarra, que ha abierto un segundo manantial, y le roba igualmente el fruto de su trabajo.

¡Pobre cigarra! ¡Infeliz artista del mundo de las hojas, calumniada en el mundo superior de los hombres!... Como no almacena, es una bohemia indigna de respeto; como se alimenta de miel y canta a todas horas, no trabaja seriamente; como carece de mandíbulas y abandona el sitio a los que se deslizan a traición por debajo de su vientre, los usureros subterráneos, las bestias de patas ganchudas que engordan con los muertos, tienen derecho a robarle su obra.

La hormiga, avara y sin entrañas, la explota y la gobierna a pesar de su pequeñez, lo mismo que en el mundo de la criminalidad vertical, los hombres del «cofre-fuerte», de la mano imantada que atrae a los céntimos y del paño duro que exprime, dominan a las grandes masas.





Vicente Blasco Ibáñez en su casa de la valenciana Malvarrosa

La razón de Estado guía sus correrías.

Por algo la fábula presenta a estas bestias como modelos de orden y buenas costumbres!

En su avance triunfal, la vanguardia del ejército encuentra a la caída cigarra, y los que vivieron de su trabajo vuelven a vivir de su muerte. Las patas y mandíbulas despedazan la rica pieza, la disecan, la tijeanean, la parten en migajas para almacenarla en el depósito de provisiones.

Muchas veces el poeta aún está en la agonía y sus alas baten el polvo con los últimos temblores. No importa. Su cuerpo se ennegrece cubierto por el tropel de enemigos. Lo despedazan en vida, tiran de sus miembros, lo descuartizan con un sabio método de caníbales científicos.

Y esta es, amigo mío, no la fábula, sino la verdadera historia de *La cigarra y la hormiga*.

—¡Lo mismo que entre los hombres!—exclamo yo.

—Lo mismo que entre los hombres—repite el naturalista. □

Hasta en su muerte se ve explotada la cigarra por el triunfante parásito. Los restos del Orfeo del ramaje se disuelven en el estómago del negro burgués subterráneo.

Después de una vida de cinco o seis semanas, que le parece larguísima, la cantora cae de lo alto del árbol, extenuada por tanta música, tanta poesía, tanta embriaguez ruidosa. El sol seca su cadáver y los transeúntes lo aplastan con sus pies.

Las hormigas salen formando batallones de sus oscuros cuarteles, donde viven sometidas a una disciplina a la prusiana, obedeciendo a su emperador, como un pueblo laborioso, culto y metódico.

Van a saquear para enriquecerse; van a invadir otros hormigueros con el propósito de esclavizar a sus habitantes y que trabajen para los conquistadores.



Cigarra, un estilo de vida único.

National Geographic. Por Redacción National Geographic. s/f



El asombroso estilo de vida de las cigarras ha sido fuente de fascinación desde la antigüedad, y varias culturas consideraban a estos insectos poderosos símbolos de renacimiento debido a sus inusuales ciclos vitales.

Las cigarras son miembros de la superfamilia *Cicadoidea* y se distinguen físicamente por su cuerpo robusto, cabeza ancha, alas de membrana transparente y grandes ojos compuestos.

Hay más de 3000 especies de cigarras, que se dividen a grandes rasgos en dos categorías: cigarras anuales, que se dejan ver todos los años, y cigarras periódicas, que pasan la mayor parte de su vida bajo tierra y sólo emergen una vez cada una o dos décadas.

Las cigarras son famosas por su afición a desaparecer por completo durante muchos años, sólo para reaparecer con fuerza a intervalos regulares. A pesar de su nombre, las cigarras anuales suelen vivir de dos a cinco años (aunque algunas especies pueden vivir más tiempo) y sus ciclos de vida de cría se solapan, lo que significa que cada verano emergen algunas cigarras. Incluso las cigarras periódicas

aparecen la mayoría de los años en distintas regiones geográficas, ya que se dividen en 15 ciclos de cría, cada uno de los cuales dura 13 ó 17 años.

El asombroso estilo de vida de las cigarras ha sido fuente de fascinación desde la antigüedad. Varias culturas consideraban a estos insectos poderosos símbolos de renacimiento debido a sus inusuales ciclos vitales. En el folclore chino primitivo, las cigarras también se consideraban criaturas de alto estatus que los gobernantes debían tratar de emular en su pureza, e incluso se incorporaron motivos de cigarras a los armarios de la corte imperial en el siglo VII.

Distribución geográfica

Aunque las cigarras anuales se encuentran en todo el mundo, las periódicas son exclusivas de Norteamérica. Las crías periódicas se concentran en las regiones central y oriental de Estados Unidos, y algunas zonas albergan múltiples crías.



Ciclo vital

El ciclo vital de la cigarra consta de tres etapas: huevos, ninfas y adultos. Las cigarras hembras pueden poner hasta 400 huevos repartidos en docenas de lugares, generalmente en ramitas y ramas. Al cabo de seis a diez semanas, las jóvenes ninfas de cigarra salen de sus huevos y se excavan en el suelo para chupar los líquidos de las raíces de las plantas. Pasan todo su periodo de desarrollo en estas madrigueras subterráneas antes de mudar el caparazón y salir a la superficie como adultas para aparearse y poner huevos.

El proceso de desarrollo varía en duración, pero las nidadas periódicas emergen de forma sincronizada en función del año y de la temperatura del suelo. Esperan a que se den las condiciones adecuadas para criar, que se dan cuando el suelo se descongela a 18 °C en el año designado para la cría. No está claro por qué estas cigarras tienen ciclos tan distintos y extrañamente cronometrados, aunque algunos científicos teorizan que tiene que ver con evitar a los depredadores.

Las cigarras periódicas no crean plagas destructivas, como algunas langostas, aunque hasta 1,5 millones de cigarras pueden aglomerarse en una sola hectárea. A



diferencia de las langostas, las cigarras no comen vegetación, sino que beben la savia de las raíces, ramitas y ramas de los árboles. Los grandes enjambres pueden abrumar y dañar los árboles jóvenes al alimentarse y poner huevos en ellos, pero los árboles más viejos suelen escapar sin daños graves, ya que las cigarras no se quedan mucho tiempo. Los adultos mueren entre cuatro y seis semanas después de emerger.

Vocalizaciones

Las cigarras también son conocidas por sus zumbidos y chasquidos, que pueden ser amplificados por multitud de insectos hasta formar un zumbido abrumador. Los machos producen este ruido específico de cada especie con membranas que vibran en su abdomen. Los sonidos varían mucho, y algunas especies son más musicales que otras. Aunque los ruidos de las cigarras puedan sonar parecidos a los humanos, los insectos utilizan distintas llamadas para expresar alarma o atraer a sus parejas. □



¿Con qué y por qué cantan las cigarras?

José Luis Gallego. La Vanguardia, 12 julio 2017

Estos grandes insectos aprovechan el subidón de las temperaturas para hacer sonar machaconamente la verdadera canción del verano en nuestros campos

Las **olas de calor** tienen **banda sonora**: el **sonido** de las **cigarras**. Ocultos en las ramas altas de los árboles, estos grandes insectos aprovechan el subidón de las **temperaturas** para hacer sonar machaconamente la verdadera canción del verano en nuestros campos.

Sin embargo, a pesar de que algunos ejemplares pueden llegar a superar los seis centímetros de longitud (las moscas más comunes apenas alcanzan medio centímetro), es casi imposible llegar a verlas.

En primer lugar porque al percatarse de nuestra presencia dejan automáticamente de cantar; y en segundo porque gracias a sus tonos de camuflaje, prácticamente idénticos a los de las ramas y el tronco del árbol, al enmudecer se hacen invisibles. Ya la podemos tener a menos de un palmo: si la cigarra no se mueve, es más difícil que *encontrar a Wally*.

Pero además de su gigantesco tamaño y su mimética librea, la cigarra común (cuyo nombre científico es *Cicada orni*) es famosa por su sonido, que no canto. Porque las cigarras, como los grillos, no cantan: estridulan, y al igual que sus parientes de la noche, solo lo hacen los machos.

Pero no lo hacen con la boca sino gracias a unos sacos de aire situados en el abdomen que inflan y desinflan a través de unas membranas al que los entomólogos denominan timbales. Y sí, es cierto: la potencia y la intermitencia de ese característico rechinar, que para algunas personas puede llegar a resultar ciertamente molesto, se acelera con el aumento de las temperaturas. Por eso nos parece que las cigarras suenan con mayor intensidad durante las olas de calor y en las horas centrales del día.

Pero ese chirriar constante, tan monótono y para muchos tan fastidioso, es en realidad un aviso de la naturaleza. Un reclamo como el de los pájaros o las ranas que tiene ligeros matices, que pasan desapercibidos para nosotros, pero que obedecen a los diferentes mensajes que desean expresar.

Medio de comunicación

El sonido emitido por los machos puede ser captado por las hembras a más de un kilómetro de distancia

Así, las cigarras macho estridulan de manera diferente en función de si pretenden marcar territorio ante sus competidores, si desean atraer sexualmente a las hembras o si lo hacen en señal de alarma. Por eso de sonido monocorde nada: es un modo de expresión a golpe de timbal.

La potencia del sonido que emiten los machos puede llegar a ser tan alta que, en condiciones favorables, las hembras llegan a oírlo hasta a más de un kilómetro de distancia. Pero no crean que todo el mérito es exclusivamente de ellos.

Para que las hembras puedan escuchar el reclamo de su pretendiente a tan larga distancia, la evolución las ha dotado a ellas de un tímpano mucho más grande y sensible que el de los machos.

La próxima vez que escuchen a alguien comentar lo alto que “cantan” las cigarras, corríjanle. Estridular: eso es lo que hacen estos espectaculares insectos □.



Cigarra en el tronco de un olivo en el Baix Empordà Foto: JEC

